

Martín Lutero a Nicolás Armsdoff, sobre Erasmo de Róterdam

Gracia y paz en Cristo:

Gracias, mi excelente amigo, por darme tu franca opinión sobre mi libro. No me preocupa que los papistas se ofendan, no escribí para ellos, porque ellos ya no son dignos de escrito o discurso mío alguno. Dios los ha entregado a una mente reprobada, de manera que hasta luchan contra aquello que ellos consideran que es la verdad.

Mi causa la escucharon en Augsburgo, delante del emperador Carlos y de todo el mundo, y fue hallada irreprensible y que contenía sana doctrina. Además, mi confesión y apología son públicas, y puestas a la luz en todo el mundo. Por esto, ¡he respondido una infinidad de libros de mis adversarios, y todas las mentiras de los papistas del pasado, del presente y del futuro!

He confesado a Cristo delante de esta perversa y adúltera generación, y no dudo que Él también me confesará delante de Su Padre y de Sus santos ángeles. ¡Mi luz está puesta en el candelero! El que tiene ojos, que vea con mayor claridad, y el que no quiere ver que sea aún más ciego, el que es justo, que lo sea más; y el impuro, que abunde en su impureza; ¡que su sangre sea sobre sus cabezas, yo de su sangre limpio soy! Le he declarado al injusto su injusticia, pero no se convierte, pues que muera en sus pecados. ¡Yo he salvado mi propia alma! Por lo tanto, no hay necesidad de que les escriba o quiera hacerlo por causa de ellos.

Y sobre tu consejo, que a los expertos en gramática o vocabulario, a quienes llamas plagiaros de Erasmo, debe dárseles poca importancia, y, a Erasmo mismo, se le debe responder que tampoco le he dado mucho valor, porque no he leído una página de sus escritos. Jonás le respondió una vez, aunque me opuse fuertemente a ello, y le aconsejé según tu opinión, que le restara importancia. Porque yo conozco bien a este hombre, desde su piel hasta el corazón, que no es digno de que ningún buen hombre le hable o le trate; es tan hipócrita y lleno de reprochable envidia y de malevolencia.

Además, tú sabes mi manera usual de derribar los escritores de este tipo, la cual es no darles importancia por medio del silencio. Porque, ¿cuántos libros de Eccius, Faber, Emser, Cochles y muchos otros, los cuales parecen montañas de trabajo, yo con solo mi silencio los he traído a la nada, de manera que no queda memoria de ellos? Cato llama a los tales: buscapleitos, y deja que todo su parloteo pase inadvertido, mientras que, si los hubiera considerado del todo dignos de atención y de que se les respondiera, podrían haberse ganado cierta fama. Existe un trivial, pero verdadero proverbio:

Sé muy bien, si con estiércol implicado,
Conquistador o conquistado,
de todas formas, estaré embarrado.

Pero en esto me glorío, cualquier cosa que puedan levantar en mi contra, desde las Escrituras o desde los padres, fue producido y publicado, y ahora toda la gloria que les ha quedado se fundamenta en difamación, mentiras y calumnias. Y, ¿por qué habría de envidiarles eso? Pues no tienen poder o deseo de ser reconocidos por ninguna otra virtud.

Yo admiro tu juicio sobre Erasmo, en lo que dices con claridad, que él no tiene otro fundamento para edificar su doctrina, sino el favor de los hombres, y le atribuyes, además, ignorancia y malicia. Y si pudieras, transmitir tu apreciación de él con convicción a las mentes de los hombres en general, lo harías verazmente, como el joven David, de un solo golpe, y así postrar al presumido Goliat, y a la vez lo erradicarías de su lugar. Porque, ¿qué es más vano, más falaz, de todas las cosas, que el aplauso de los hombres, especialmente en las cosas espirituales? Porque, como testifican los Salmos: «No hay ayuda en ellos», y otra vez: «todos los hombres son mentirosos». Por lo tanto, si Erasmo no es más que vanidad, y se apoya solo en la vanidad y en una mentira, ¿qué necesidad tenemos de responderle del todo? El mismo, con toda su vanidad, con el tiempo se desvanecerá como el humo, si nosotros lo tratamos como yo he tratado a anteriores espantapájaros y pleitistas, quienes solo por mi silencio, los he entregado al olvido total.

En un tiempo, le atribuí una singular inconsistencia y un vano caminar, porque pareciera que trata lo sagrado y las cosas serias con gran despreocupación, y, por el contrario, siguiera con gran avidez fruslerías, vanidades y cosas risibles y ridículas; aunque sea un hombre mayor y un teólogo, y esto a una edad en la que debería ser más industrioso y laborioso. Así que, pensé que era verdad lo que había oído decir de muchos hombres sabios y serios, que Erasmo en realidad estaba loco.

Cuando al inicio escribí contra su Diatriba, y fui persuadido a examinar con atención sus palabras, como Juan escribe «probad los espíritus», estaba disgustado por su pobre consideración a un tema de tal importancia, de manera que yo incité al frío e ingenuo disputador, lo provoqué como en un sueño profundo, lo llamé discípulo, en un tiempo, de Epicuro; en otro, de Luciano; y después que parecía opinar como los escépticos; al suponer que con esto, quizá se dedicaría con mayor empeño al tema. Pero todo fue en vano, solo irrité a la víbora, de Manera que dio a luz su libro *Viperaspis*, hijo digno de su padre, e igual a él. Sin embargo, él orgullosamente omitió decir una sola palabra sobre el tema en cuestión. De manera que, desde aquel tiempo he perdido totalmente la esperanza en su teología.

Yo soy de tu opinión, que no fue pobre consideración de parte de él, sino como afirmas, fue real ignorancia y malicia. Porque, él estaba poco familiarizado con nuestras doctrinas, o más bien, las doctrinas de la cristiandad. *Él las conocía, pero por política (conveniencia) no las conocía.* Y, aunque quizás no entienda, ni pueda entender de verdad esas doctrinas que son particulares de nuestra fraternidad, y que mantenemos contra la sinagoga del papa, no obstante no puede ignorar aquellas que sostenemos en común nosotros y la iglesia bajo el papa, porque escribe abundantemente sobre estas, o más bien se burla de ellas. Tales como, la Trinidad de las personas divinas, la divinidad y la humanidad de Cristo, el pecado, la redención de la raza humana, la resurrección de los muertos, la vida eterna y otras semejantes. Él sabe, digo, que estas cosas las enseñan y las creen, incluso, muchos falsos cristianos e impíos. Pero la verdad es que él odia todas las doctrinas. No, no debe haber duda en la mente de un verdadero creyente, quien tiene el Espíritu Santo en su aliento, que la mente de Erasmo está separada de toda religión y la odia, especialmente la religión de Cristo. Muchas pruebas de esto están dispersas aquí y allá. Y ocurrirá eventualmente que, como el topo, sacará un poco de tierra con lo que dará a conocer dónde está y qué es, lo cual resultará en su propia destrucción.

Él publicó recientemente, entre otras obras, su catecismo, una producción, sin duda, sutilmente satánica. Porque con un propósito lleno de engaño, lo diseñó para tomar a los niños y a los jóvenes desde el inicio, e infectarlos con su veneno, el cual después no se podrá erradicar de ellos; así como él mismo, en Italia y en Roma, absorbió las doctrinas de los

hechiceros y de los demonios, de manera que ya no tiene remedio. Pero ¿quién podrá resistir este método de criar a los niños, o cómo resistirán los débiles en la fe lo que nos propone Erasmo? La mente frágil y sin experiencia debe ser formada al inicio por ciertos principios básicos y necesarios, los cuales debe creer con firmeza. Porque es necesario que todo el que aprenda crea, porque, ¿qué aprenderá el que duda o es enseñado a dudar?

Pero este nuevo catequista nuestro pretende hacer a sus catecúmenos desconfiados y sospechosos de las doctrinas de la fe. Porque desde el inicio, va a quitar todo fundamento sólido, porque no hace otra cosa que presentarles herejías y ofensas de opiniones, por las cuales la iglesia sufre desde el principio. Así, él hace parecer que no hay nada cierto en la religión cristiana. Y si una mente inexperta es envenenada desde el inicio con principios y asuntos de esta naturaleza, ¿qué más puede esperarse que piense o haga, que se aparte secretamente, si se atreve, o pensar que el cristianismo es digno de rechazo total, como si fuera una plaga para humanidad?

Él imagina, sin embargo, al mismo tiempo, que nadie descubrirá el engaño de su intención, como si no tuviéramos múltiples ejemplos en la Escritura de este tipo de monstruos del diablo. Así fue la serpiente que engañó a Eva. Primero, la enredó con dudas; la llevó a sospechar de la realidad del mandato de Dios sobre el árbol del bien y del mal, y cuando se apoderó de ella la duda, entonces la hizo caer y la destruyó. ¡A menos que Erasmo considere que también esta es una fábula!

Es con este tipo de ataque, como el de la serpiente, que se mueve con sigilo y engaña a las almas sencillas, al afirmar: ¿cómo es que ha habido tantas sectas y errores en esta única religión verdadera (como se cree que es)?, ¿cómo es que ha habido tantos credos?, ¿por qué en el Credo de los apóstoles, al Padre se le llama Dios, al Hijo no se le llama Dios, sino Señor, y al Espíritu no se le llama Dios ni Señor, sino Santo?, y así muchas otras cosas. ¿A quién de las almas inexpertas le causaría problemas, si no a quienes él comenzó a instruir con preguntas como las anteriores, lo cual lo hace el demonio mismo? ¿Quién se atrevería a hablar así de un credo de la fe, si no la misma boca e instrumento del maligno? ¡Aquí tienes el plan, su ejecución, el catastrófico final, una tragedia de destrucción de almas!

Pero mira, casi soy arrastrado aquí a refutar su catecismo, si bien solo intentaba mostrarte por qué pensé que sería mejor no responder del todo a esta víbora, porque él con eficacia se desmentirá delante de las mentes de todos los hombres buenos y piadosos.

Un juego semejante tuvo con el apóstol Pablo, en su prefacio a los Romanos (sin mencionar sus paráfrasis, o sus locos caprichos [*paraphroneses*], para utilizar su propio término), donde elogia a Pablo, en tal forma, que el simple lector que no esté familiarizado con su retórica será ahuyentado y desanimado de leer y estudiar a Pablo, porque lo describe tan confundido, enredado, inconsistente, peculiar y desagradable, que el lector llegará a creer que la epístola la produjo un hombre loco, lo cual lo llevará a considerar que no es posible que su lectura le sea de provecho.

Y entre el resto de sus heridas, no podrá recibir, sin descargar su ira, incluso en esto: 'que Pedro debió llamar a Cristo, hombre, y no decir nada de Su divinidad'. ¡Un comentario verdaderamente notable! y, ¡apropiadamente aplicable al pasaje

Y su método, lleno de recodos y curvas, para qué debe ser, sino exaltar a Cristo y todo lo que Él hizo, pero lo que hace es causarle escarnio. ¿Quién puede obtener algo de este método, sino un disgusto, y un rechazo a lo relacionado con la religión tan confusa e incierta, y posiblemente, después de todo, sea solo una fábula?

¿Quién, además, habló jamás con tanta arrogancia y desprecio (por no decir enemistad) del apóstol y evangelista Juan, quien, entre los cristianos es tenido como una de las altas autoridades después de Cristo? Dice Erasmo: Él reprende a los niños pequeños, y a los hombres que considera necios y majadero'. Los cristianos siempre hablan de los apóstoles con temor y reverencia, mientras que este hombre nos enseña a hablar con despreciable orgullo profano. Este es el primer paso para hablar profanamente de Dios mismo, a quien pertenecen los apóstoles. ¡Es más, es lo mismo que hablar del Espíritu Santo (de quien son las palabras de los apóstoles), al decir que Él solamente reprende a los niños pequeños!

Incontables cosas como estas se encuentran en Erasmo, o, mejor dicho, este es todo el carácter de su teología. Muchos otros han observado lo mismo, antes de que yo lo hiciera, y lo siguen viendo cada vez más. No cesa de caminar en la misma dirección y de publicar sus observaciones cada vez más burdas. «Su juicio no se demora» y «su condenación llegará pronto».

Esto es también un ejemplo de la piedad de Erasmo. En su carta sobre 'la filosofía cristiana', la cual se publicó con su Nuevo Testamento y se usa en los libros oración en todas las iglesias, cuando plantea la pregunta: ¿por qué Cristo, tan gran maestro, descendió del cielo, cuando muchas cosas que se enseñan incluso entre los paganos, son precisamente las mismas, si no más perfectas?; él responde, ¡Cristo vino del cielo (lo cual no dudo, que cree, al estilo erasmiano,) para que pudiera ejemplificar las cosas de manera más perfecta y completa que todos los santos que le precedieron'!

Por consiguiente, este abatido renovador de todas las cosas, Cristo (porque así Él reprocha al Señor de gloria), ha perdido la gloria de un redentor, y ha llegado a ser solo uno más santo que otros. Esta opinión no podría expresarse por ignorancia, sino se concibió y emitió deliberadamente, porque incluso aquellos que no creen verdaderamente saben y en todo lugar confiesan que Cristo descendió del cielo para redimirnos a los hombres del pecado y de la muerte.

Esta fue la opinión que al inicio me separó de Erasmo. Desde aquel momento comencé a sospechar que era un puro Demócrito o Epicuro, y engañoso burlador de Cristo, porque dondequiera que iba intimidaba con sus compañeros epicúreos, con quienes compartía su odio contra Cristo, aunque lo hizo con palabras tan figurativas y engañosas, para atacar con intensidad y furia a los cristianos que se ofendían por sus palabras sospechosas y de doble significado, las cuales no se interpretaban como favorables a Cristo. Lo hizo como si tuviera el derecho sin límites en todo el mundo de hablar de las cosas divinas con sesgo y engaño y así tener a todos los hombres bajo su bota, de manera que interpretaran sus maniobras engañosas o sesgadas como si tuvieran una intención vertical y honesta. ¿Por qué, más bien, no habla de manera abierta y transparente?

¿Por qué siempre lo hace utilizando figuras de lenguaje engañosas y tramposas? Siendo tan gran retórico y teólogo no solo debería saber, sino actuar de conformidad con lo que Fabio llama 'una palabra ambigua debe evitarse como si fuera una roca'. Donde ocurre aquí y allá de manera inadvertida, se puede perdonar, pero cuando se planea y se hace a propósito, entonces no merece perdón, sino el justo aborrecimiento de todos. Porque, ¿hacia dónde se inclina esta detestable y engañosa forma de hablar? Solo suministra una oportunidad para diseminar y fomentar libremente las semillas de toda herejía, envueltas en palabras y cartas que parecen reflejar la fe cristiana. Así, mientras se dice que se enseña y defiende la religión, en realidad, antes de entenderse, se destruye y trastorna totalmente desde su fundamento.

Por lo tanto, todos están en lo correcto, quienes interpretan sus sospechosas y maliciosas palabras en contra de sí mismo. Y no debe entenderse como una advertencia que deba considerarse cuando él clama ¡calumnia! ¡calumnia!, porque sus palabras no se interpretan con sinceridad y justicia. ¿Por qué él mismo siempre evita las palabras claras e intencionalmente se expresa usando aquellas que son engañosas? Es inaudita esta forma de tiranía que desea tener a todo el mundo bajo su bota, que obliga que lo que él dice de manera engañosa y peligrosa se entienda de forma justa, y se le dé la prerrogativa de expresarse con maldad. ¡No! Debe ponerse un «hasta aquí», y mandarle doblegarse ante toda la raza humana, es decir, que se abstenga de su discurso profano, deshonesto y trastornado, y de su vana forma de hablar, y que evite lo que Pablo llama «la vana palabrería».

Porque, incluso la ley pública del Imperio romano condenaba esta forma de hablar y la castigaba. Mandaban 'que las palabras de aquel que hablaba de forma oscura, cuando podía hacerlo con claridad, debían ser interpretadas en su propio perjuicio'. Cristo también condenó al siervo inútil que se excusó con evasivas, e interpretó sus palabras en su contra y le declaró: «siervo inútil, por tus propias palabras te voy a juzgar». Porque si en la religión, en las leyes y en los asuntos importantes se nos permitiera expresarnos de forma ambigua y engañosa, resultaría una total confusión como en Babel, donde ninguno podía entenderse con otro. Requeriría aprender el lenguaje de la elocuencia, y al hacerlo se perdería el lenguaje natural.

Además, si prevaleciera esa libertad, yo podría 'convenientemente' interpretar todo lo que la multitud de herejes ha dicho, y podría negar todo lo que el diablo ha dicho y hecho, o podría decir o hacer por la eternidad. ¿Dónde estaría entonces, el poder para refutar a los herejes y al maligno? ¿Dónde estaría la sabiduría del Señor Jesucristo, la cual ningún adversario es capaz de resistir? ¿Qué sería de la lógica, el instructor de la correcta enseñanza? Nada se enseñaría, nada se aprendería, no se podría persuadir a nadie, no se podría dar consuelo, no se podría enseñar el temor, porque nada de lo dicho u oído sería verdadero.

Cuando, por tanto, Erasmo de manera superficial y ridícula dice que Juan el evangelista, 'solo reprende a niños pequeños', se le debe declarar como un discípulo de Epicuro o de Demócrito, y debe tratarse como tal, para que aprenda a hablar de la majestad con mayor reverencia. Algunos bufones notables en ocasiones le han hablado con irreverencia a príncipes, han actuado sin sabiduría, pero no siempre han quedado impunes. Pero si cualquier otro en su sano juicio hubiera hecho lo mismo, quizás hubiera perdido literalmente la cabeza por haber insultado al rey.

Así, cuando Erasmo afirma, 'Pedro trata a Cristo como a un hombre, y no dice nada de Su divinidad', él debe ser condenado como arriano y hereje, porque ha ignorado esta engañosa observación, en un asunto en el que se está tratando de la Majestad Divina, por lo que debió haber hablado con reverencia, porque las palabras simplemente implican que a los arrianos no les gusta que Cristo sea llamado Dios, sino que consideran que Él debe ser llamado solamente hombre. Y qué conveniente que se les interprete como partidarios de la divinidad de Cristo; sin embargo, tal como está y se leen en su sentido llano, especialmente porque su autor es engañoso, ellos ofenden las mentes cristianas, pues no tienen un significado llano, de manera que pueda resultar más fácil de entender a favor de los arrianos que de la ortodoxia.

A partir de Jerónimo, al escribir de los arrianos de su tiempo que enseñaban en la misma forma astuta, afirmó: 'Sus sacerdotes dicen una cosa, y su gente entiende otra'. De semejante manera, no había necesidad de indicarles a los cristianos en este pasaje, que Pedro no llamó a Cristo, Dios; aunque en verdad él no omitió llamar a Cristo, Dios. No es suficiente pretender, 'que él llamó a Cristo solo hombre, por causa de la ordinaria multitud'; pues,

aunque lo llamó hombre, por eso no ignoró llamarlo Dios, excepto que no pronunció estas cuatro letras: Dios, pero Erasmo rígidamente considera que era necesario, y al hacer esto, no logra absolutamente nada, sino poner trampas para cazar a los inexpertos y volver sospechosa nuestra religión.

Aquel Carpisian, quienquiera que fuera, justamente condenó a Erasmo como a uno que favorecía a los arrianos, en el prefacio a Hilary, en el que afirmó 'Nos atrevemos a llamar Dios al Espíritu Santo, lo cual los antiguos no se atrevían a hacer'. Y cuando fue fielmente amonestado, debió reconocer la extravagancia de sus figuras de lenguaje y su arrianismo, lo cual debió corregir, pero no lo hizo, sino que censuró con dureza la amonestación como que fuera una calumnia que venía de Satanás, y se rio abundantemente de lo sagrado, tal era la confianza que tenía en la elasticidad de su discurso, y en los rodeos en sus evasivas. Sin embargo, con seriedad confesó la Trinidad, y de ninguna manera, se pensó que negara la Trinidad de la Divinidad, sino que solo deseaba decir, que la curiosidad (la cual, después pide que sea con diligencia `convenientemente interpretada') de los modernos había recibido y osado desafiar muchas cosas de las Escrituras, lo cual los antiguos no se atrevieron a hacer. Como si la religión cristiana descansara sobre la autoridad de los hombres: porque a esto es lo que nos persuadiría. Y, ¿qué es esto?, sino considerar a toda la religión como si fuera una fábula.

Aquí, aunque aquel Carpisian esté en muchas cosas de poca importancia, siempre un enemigo de Lutero, sin embargo, Erasmo, parte de un orgullo sin precedentes, piensa que todos los hombres juntos son nada más que animales y piedras, que no entienden ningún asunto ni logran ver a través del significado de las palabras. Lea ese comentario, y diga, ¿si no ve al mismo diablo encarnado! Este comentario fija en mí una determinación de no creerle a Erasmo (sin importar lo que otros crean), incluso si él pudiera confesar en palabras sencillas, que Cristo es Dios. Pero le expresaría aquel dicho sofisticado de Crisipo: «Si mientes, mientes incluso cuando hablas la verdad». Porque, ¿qué necesidad hay, si alguien de verdad cree que el Espíritu Santo es Dios, que diga: «nos atrevemos a llamar Dios al Espíritu Santo», lo cual los antiguos no se atrevían a hacer? ¿Qué necesidad habría de utilizar la palabra «atreverse», la cual podría utilizarse ahora para elogiar o para censurar, cuando recibimos esta doctrina de los antiguos, quienes no se «atrevieron» a recibirla al inicio?

Pero esta es una mentira descarada, afirmar que los antiguos, al inicio, no se «atrevieron» a llamar al Espíritu Santo, Dios, a menos que por *antiguos*, según una de sus hermosas figuras de lenguaje, haya querido decir que Demócrito y Epicuro, o que quisiera decir, Dios, esencialmente, estas cuatro letras, ¡Dios! Pero con qué propósito tanta odiosa maniobra, sino hacer de un mosquito un elefante, como una piedra de tropiezo para los menos experimentados, y para dar a entender que la religión cristiana no es nada, y por el único motivo que estas cuatro letras, Dios, no están escritas en todo lugar, donde considera que deberían estar.

De la misma manera sus padres, los arrianos, hicieron innumerables objeciones, porque las letras Homousios e Innascibilis no se encontraban en los escritos sagrados: a lo cual no se le dio importancia, por causa del propósito que se quería lograr, dado que, aunque no estuvieran presentes, sí se podía probar en su esencia. Y donde el nombre de Dios fue escrito, ellos estaban listos con su explicación para eludir la verdad, al argumentar que en realidad no se refería a Dios, sino que Dios se utilizaba como un 'título. Así que, no se puede hacer nada con estas víboras, ya sea que se les hable con las Escrituras o sin ellas.

Es el proceder maligno de Satanás. Cuando no puede negar un hecho, entonces demanda ciertos términos específicos, los cuales él mismo prescribe. Y así, el mismo diablo puede decir, incluso a Cristo; aunque hables la verdad, puesto que no lo haces en los términos que considero necesarios, entonces no dices nada en absoluto, y deseo que la verdad sea dicha sin palabras. Esto es como Marcolfo, quien deseaba ser colgado de un árbol que él escogería, y a la vez no deseaba escoger ningún árbol. Lo anterior es como desear que el Señor me dé descanso y larga vida. Estoy determinado a dejar mi verdadero y fiel testimonio sobre Erasmo, y así exponer a Lutero a que sea mordido y aguijoneado por estas víboras, pero no a ser totalmente partido en pedazos y destruido.

Regreso a mi opinión sobre mi libertad, la cual he mantenido firme, al dar mis opiniones sobre la tiranía de Erasmo, la cual ejerce por medio de un circunloquio evasivo, lo cual no debe tolerarse, sino juzgarse abiertamente, por lo que él mismo dice. Donde habla como un arriano, debe juzgarse, como arriano; donde habla como un seguidor de Lucio, debe juzgarse como un luciano; donde habla como un gentil, debe juzgarse como tal; a menos que se arrepienta y deje de defender tales formas de expresarse.

Por ejemplo, en una de sus cartas sobre la encarnación del Hijo de Dios, utilizó la abominable expresión las relaciones sexuales de Dios con la virgen', aquí debe juzgarse como ¡un horrible blasfemo contra Dios y contra la virgen! No logra corregir, con su posterior explicación de 'relaciones sexuales', como si se adaptara a la doctrina cristiana. ¿Por qué no enseña la doctrina cristiana? Porque bien sabe que al utilizar 'relaciones sexuales', esa expresión ofende en gran manera a los cristianos, entonces que se juzgue como impío aquel que no se ofenda con un término que es abominablemente obsceno al referirse a un asunto tan sagrado, y una expresión ambigua de tal naturaleza, siempre se toma en el peor sentido, aunque no ignoramos que el término pueda tener otro significado. Si esto ocurre por inadvertencia, se puede perdonar, pero si es intencionalmente y por obstinación, debe condenarse sin misericordia, como lo afirmé. Porque, si retener una doctrina de fe es difícil, y es una obra divina, aun cuando se presente de manera correcta, clara y con palabras indisputables, ¿cómo se podrá retener, si se presenta con palabras ambiguas, dudosas y oblicuas?

San Agustín afirmó: los filósofos deben hablar libremente acerca de temas- difíciles, sin temor a ofender, pero nosotros (él aseveró) debemos hablar observando ciertas normas'. Por lo tanto, condena el uso de términos como «fortuna» o «destino», tanto para referirse a sí mismo como a otros. Porque, aunque alguien se refiera a la mente divina cuando utiliza «fortuna», el agente de todas las cosas, del cual la naturaleza es totalmente diferente, y pueda estar pensando sin malicia, aun así, afirmó: 'Quien tal haga que tenga su opinión, pero que corrija su expresión':

Y si supusiéramos que Agustín no dijo esto, y nunca tuvo ciertas normas incuestionables para expresarse, la naturaleza nos dice que toda profesión, sagrada o profana, utiliza ciertos términos propios y evita todas las ambigüedades. Porque, incluso, los comerciantes o artesanos comunes condenan o consideran ridículo al hombre que habla de su propia ocupación en términos técnicos, como se les llama, característicos a la ocupación de otro. Con mucha más fuerza, esto se aplica al campo sagrado, en el que la verdadera salvación o la eterna perdición es el resultado, y donde todo debe hablarse en términos verdaderos y exactos. Permítasenos, si debemos hacerlo, jugar con ambigüedades en otras cosas que no vienen al caso, tales como nueces, manzanas, centavos u otras cosas que son juguetes de los niños y de los tontos, pero en religión y en asuntos de gran importancia, debemos evitarlo a toda costa, con todo cuidado, como si evitásemos la muerte o al diablo.

Sin embargo, nuestro rey de la ambigüedad se sienta sobre su ambiguo trono con mucha seguridad y nos destruye a nosotros «cristianos estúpidos» con una doble destrucción. La primera, es su voluntad, y le genera mucho placer ofendernos con sus palabras ambiguas, y no estaría satisfecho, si nosotros no nos ofendiéramos. Y la segunda, cuando ve que ya nos ofendió y utilizó contra nosotros sus dañinas figuras de lenguaje, y empezamos a quejarnos en su contra, entonces, triunfa y se regocija de que la presa deseada cayó en sus trampas. Por ahora, después de encontrar la oportunidad de mostrar su retórica, suelta sobre nosotros todos sus poderes y todo su ruido, desgarrándonos, azotándonos, crucificándonos y enviándonos más allá del infierno, al afirmar que hemos entendido sus palabras de una manera calumniosa, virulenta y satánica (usando las peores palabras que pueda encontrar), mientras que, él nunca «quiso» que se entendieran así.

En el ejercicio de esta maravillosa tiranía, (y, ¿quién pensaría que esta señora ambigüedad pudiese hacer tanto alboroto, o quién podría suponer que alguien sería tan importante para tener tanta confianza en una vana figura de lenguaje?), Erasmo no solo nos obliga a tolerar su derecho de usar ambigüedades, sino que nos ata a la necesidad de guardar silencio. Él creó todo y quiso que nos ofendiéramos, para que él y su manada de epicúreos pudieran reírse de nosotros, por otro lado, no le gustó oír que nos ofendimos, por temor de que pudiera parecer que somos verdaderos cristianos. De manera que, nosotros debemos sufrir innumerables heridas, y aun así, que no emitamos ni quejido ni suspiro.

Sin embargo, nosotros los cristianos, quienes debemos juzgar, no solo comidas y bebidas, sino a los ángeles y a todo el mundo y en realidad juzgar, incluso ahora, no solo no toleramos esta tiranía de ambigüedades, sino que se opone a ella nuestra libertad de condenarla de dos maneras. Primera, como he observado, condenamos todas las expresiones ambiguas de Erasmo, y las interpretamos contra él mismo, como Cristo dijo «*siervo inútil*, por tus propias palabras te voy a juzgar». Y otra vez, «Por tus palabras serás condenado, ¿por qué has hablado contra tu propia alma?». «Tu sangre será sobre tu propia cabeza». Segunda, condenamos y maldecimos una y otra vez si disimuladas y 'convenientes interpretaciones', por las cuales, él no solo no corrige sus impías expresiones, sino que también las defiende, esto es, se ríe de nosotros dos veces, lo hace en sus interpretaciones posteriores, como ya lo ha hecho en sus primeras expresiones.

Por ejemplo, afirma que por las relaciones sexuales de Dios con la virgen no se refiere a las relaciones sexuales comunes, sino a otro tipo de matrimonio entre Dios y la virgen, donde el ángel Gabriel es el novio y el Espíritu Santo realiza el acto de consumación. Solo observa lo que este hombre, por su interpretación, quiere que nosotros oigamos y creamos sobre quién es Cristo. Él dice estas cosas para defender las inmundicias y obscenidades de sus declaraciones ante los ofendidos cristianos, y se ríe de ellos y les impone estos términos ofensivos, cuando sabe muy bien que este misterio de la santa encarnación, ni puede explicarse a la mente humana con todas las palabras obscenas y ambiguas del mundo, ni de la manera como la expresan los epicúreos, yo por horror no me atrevo ni a imaginarlo. ¿Por qué no llamamos a la conversación de Dios con Moisés y otros profetas: 'una relación sexual', y por qué no hacemos a los ángeles los novios y al Espíritu Santo el consumidor del acto, o por qué no hacemos de ello algo aún más obsceno? Además, aquí se introduce la idea impía de sexo, y para perfeccionar este monstruoso escarnio se dice que Dios tuvo sexo con la virgen, con el propósito de que todo sea una fábula, como aquella en que se dice que Marte tuvo sexo con Rea, y Júpiter con Semele; y de esta manera reducir el cristianismo al nivel de las fantásticas historias del pasado, y los hombres representados como tontos y locos dignos de lástima, por creer que tal historia es seria y verdadera, y por considerar que tales infamias

y obscenidades fueran el objeto de su fe y adoración. Y, por lo tanto, los cristianos, grupo de criaturas estúpidas, deben amonestarse por medio de figuras como estas, para que empiecen a dudar, y entonces, se aparten de su fe, así la religión puede ser totalmente destruida antes de que alguno se percate de ello.

Esta es la comprobación de la parábola de Mateo 13, donde se presenta el enemigo como uno que siembra la cizaña durante la noche y se va. Así, nosotros, cristianos estamos durmiendo con seguridad, e incluso si no estuviéramos durmiendo, esas sirenas cautivadoras con su discurso meloso, pronto nos arrullarán hasta hacernos dormir, y traerán una nube de oscuridad sobre nuestros ojos. Mientras tanto, son sembradas esas cizañas de palabras figuradas y engañosas, y aun cuando han surgido cizañas sacramentarias, donatistas, arrianas, anabaptistas, epicúreas, etc., nos preguntamos ¿cómo es que los campos del Señor tienen tales cizañas? Ellos, quienes las sembraron, ya se fueron lejos, es decir, se describieron y presentaron a sí mismos según sus 'convenientes interpretaciones', y se apartaron de la vista, de manera que pareciera como si no hubieran sembrado nada, sino trigo. Así el enemigo se escabulle, y desaparece a un lugar seguro, y coronado con honor y aplausos, se presenta como si fuera un amigo, cuando es lo contrario. Así es como la mujer adúltera de Proverbios 30:20, quien después de haber comido «... se limpia la boca y dice: No he hecho nada malo».

Así he respondido a tu carta, mi amigo Armsdorff, aunque quizá me he extendido mucho y he llegado a ser tedioso. Pero deseaba mostrarte por qué consideré que era lo mejor ya no responderle más a Erasmo. Además, estoy totalmente ocupado en la enseñanza, la confirmación, la corrección y al gobierno de mi rebaño. Y solo el trabajo de traducir la Biblia, exige la dedicación de todo mi tiempo. Satanás con todo su empeño trata de apartarme de esta tarea de traducir, como lo ha hecho en otras ocasiones, de modo que deje las cosas mejores y me ocupe en aquellas que no son más que vapores vacíos. Porque, mi obra Esclavitud de la voluntad, te demuestra cuán difícil es tratar con el cambiante Erasmo, por causa de la inestabilidad y el engaño de su discurso, en el cual tiene puesta toda su confianza. Él no se mantiene en una posición, sino que con artimaña evade todo ataque, y es como un avispon enojado.

Aunque soy un miserable, estoy convencido de que debo mantener firme mi posición, y con desventaja, «pues sé que hablarán mal en mi contra». Porque, cualquier cosa que Lutero escribe es condenada antes de los diez años. ¡Lutero es el único que escribe porque es envidioso, orgulloso, amargado, y en pocas palabras, por instigación del mismo Satanás, pero todo lo que se escribe en mi contra, es hecho bajo la influencia del Espíritu Santo!

Antes de mi tiempo, para canonizar a un monje muerto, se necesitaba mucho trabajo y tenía un costo enorme. Pero ahora, no hay forma más fácil para canonizar a Nerones y Calígulas, incluso vivos, que con una declaración de odio contra Lutero. Solo que un hombre odie y valientemente maldiga a Lutero, eso, inmediatamente lo hace un santo, casi igual a nuestro santo Señor, el siervo de los siervos de Dios. Pero ¿quién podría jamás creer que al odio contra Lutero se le diera tanto poder y fuera de tanto provecho? ¡Llena los cofres de todo mendigo; es más, introduce oscuros topos y murciélagos (espías que pueden ver en la oscuridad) para favorecer a príncipes y reyes; produce prebendas y títulos dignatarios y obispados; da reputación de ser sabios e instruidos a los más consumados ignorantes; da la autoridad de escribir libros a insignificantes maestros de gramática; les consigue la corona de la victoria y la gloria eterna en los cielos! Felices son todos los que odian a Lutero, porque ellos obtendrán, por ese vil y fácil servicio, aquellas cosas grandes y poderosas, las cuales, ninguno de los hombres más excelentes jamás podría alcanzar, con toda su sabiduría y

virtudes, ¡ni siquiera Cristo mismo, con todos Sus milagros, los de Sus apóstoles y de todos los santos!

Así se cumplen las Escrituras. ¡Benditos sean los que persiguen a Lutero, porque de ellos es el reino de los cielos! ¡Benditos sean los que maldicen y dicen toda clase de males contra Lutero, gócese y regocíjense, porque grande es su recompensa en el cielo! Porque así persiguieron a los apóstoles, a los santos obispos, a Juan Huss y a otros que fueron antes que Lutero. Porque me siento cada vez más convencido de que actúo acertadamente al no responder más a Erasmo, pero dejo mi testimonio en cuanto a él, incluso para su propio beneficio, para que en lo sucesivo no se preocupe por cosas de las cuales se queja, y que están muertas para él, por ejemplo, que él comúnmente es llamado "un luterano". Pero tan cierto como que Cristo vive, le hacen un gran daño quienes lo llaman luterano, y lo defenderé de sus enemigos, porque yo puedo dar un testimonio verdadero y fiel, de que él no es luterano, él es Erasmo por sí mismo.

Y si yo pudiera hacer mi voluntad, Erasmo debería ser expulsado, del todo, de nuestras escuelas, porque si no fuera pernicioso, sería inútil, porque, verdaderamente no discute ni enseña nada. Tampoco es aconsejable acostumar a los cristianos jóvenes a lo que dice Erasmo, porque aprenderían a pensar de lo insignificante como si fuera algo solemne y serio, pero solo para reírse de todos los hombres como palabreros y charlatanes. En una palabra, ellos no aprenderán nada, excepto a parecer tontos. Y por esta ligereza y vanidad, poco a poco se cansarán de la religión, hasta que al final la aborrezcan y la profanen. ¡Que él se quede con los papistas, que son dignos de tal apóstol y cuyos labios gustarán sus delicadezas! Quiera el Señor Jesucristo, quien, según mi fe, Pedro no ignoró llamarlo Dios, por cuyo poder, sé y estoy persuadido de que con frecuencia he sido librado de la muerte, y por la fe en Él he emprendido y logrado todas estas cosas, las cuales han despertado el asombro incluso de mis enemigos.

Quiera el mismo Jesús guardarnos y librnos hasta el final, porque Él es el Señor nuestro Dios, y ¡solo a Él, al Padre y al Espíritu Santo sea la gloria por los siglos de los siglos! ¡Amén!